

y útil solamente para servir los intereses dinásticos. El pontificado, embriagado por la victoria que sobre el imperio había conseguido, excitaba con sus exageradas pretensiones las fuerzas nacionales y las pasiones políticas, y originó al fin la catástrofe cuando Bonifacio VIII quiso hacer redundar en provecho de la curia romana el curso de los sucesos históricos. Italia lo contemplaba sin hacer nada: destrozada al Norte por las guerras civiles y sojuzgada al Sur por una opresora dominación extranjera, encontrábase colocada en la senda que había de llevarla a ser, durante siglos, botín del extranjero. Inglaterra acababa de sostener la primera de sus grandes luchas constitucionales y de fijar las formas y los factores fundamentales de su organización política, que daba a la nación una garantía que ningún otro pueblo tenía (1) contra toda política antinacional que se prolongara demasiado. De aquí se deriva la fuerza asombrosa que mostró Inglaterra en sus luchas contra Gales, contra Escocia y contra Francia. En la península pirenaica la victoria del cristianismo no se había consumado todavía, pero era segura. En esta nación se desarrollaba también una espléndida vida interior. Radicales transformaciones habían sufrido el Norte y el Este: los países septentrionales de Europa entraron entonces en el concierto del desarrollo total del Occidente, gracias a la mo-

(1) Excepto Aragón y Castilla, que la tuvieron antes que Inglaterra. (N. del T.)

dificación de su sistema político y social que hasta aquel punto había estado semi cautivo del paganismo norte-germánico. Los perjuicios que a los escandinavos causó la preponderancia marítima y comercial de las ciudades marítimas alemanas, fueron causa de que se marcara más el antagonismo nacional. En el Este, donde el Occidente se ponía en contacto con las avanzadas del mundo oriental, preparábase una total ruina del orden de cosas hasta entonces existente. Después del fracaso de las Cruzadas, una violenta reacción llevó al corazón de la aterrada Europa a los vencedores campeones del islamismo: la invasión turca amenazaba ya al vacilante imperio bizantino. Pero contra el terrible enemigo alzábanse nuevos baluartes en los Estados nacionales que constituyeron Hungría, Polonia y Bohemia, con lo cual surgió, al propio tiempo, un nuevo peligro para el débil imperio alemán.

En esta sociedad europea violentamente agitada arrojó Francia, por medio de Felipe el Hermoso, la tea encendida, dedicando toda su fuerza juvenil nacional a libertar al Estado del yugo de la Iglesia y a despojar como despojó con éxito a la curia romana de los derechos terrenales usurpados. Quiso que el Estado fuese reintegrado en los suyos; y en abierta contradicción con las teorías teocráticas de la Edad media, que hasta entonces habían predominado, sentóse con aquella lucha el principio político del mundo moderno, por el cual se combatió enérgica y victoriosamente.

LIBRO PRIMERO

LA ÉPOCA DE BONIFACIO VIII Y DE FELIPE EL HERMOSO

CAPITULO PRIMERO

FRANCIA HASTA FINES DEL SIGLO XIII

El Estado francés, lo mismo que el Estado alemán de la Edad media, había tenido sus raíces en el imperio de Carlomagno. Pero muy pronto se separaron uno de otro, llegando cada uno a resultados muy diversos, debido esto principalmente a la diferencia del modo de ser de sus respectivos pueblos.

La población de Francia había sido, desde un principio, una mezcla heterogénea de partes más desiguales que la de Alemania. Ciertamente que por su número y por el espacio que ocupaban los habitantes romanos de la antigua Galia eran los que preponderaban; pero junto a ellos existían restos importantes de tribus aborígenes que se habían conservado puras de todo contacto con la civilización romana: tales eran al Sur los vascos iberos que vivían en los valles de los Pirineos y al Oeste los habitantes célticos de las costas de la Bretaña, que defendían tenazmente su independencia. De capital importancia para la constitución del pueblo francés fue la parte numerosa germánica que en las comarcas septentrionales se había mezclado con el elemento romano predominante. Estos dos elementos se presentaban completamente confundidos en las comarcas del Sena central, del bajo Marne y del Aisne, por vez primera conquistadas por Clodoveo (Chlodwig). Allí estaba el corazón de la Francia en tiempo de los merovingios y allí residían éstos con preferencia, alcanzando muy pronto la «isla de los francos», Francia en el sentido estricto de esta palabra, una gran influencia en el desenvolvimiento de las comarcas vecinas. Además de estos, a principios del siglo x se habían establecido en el territorio que se extiende entre el Sena, el Loira y el mar, como vecinos de Francia, los normandos, rústicos hijos del Norte escandinavo que con su ductilidad se amoldaban perfectamente al modo de ser más extraño a sus costumbres y que con su inagotable vigor juvenil daban nueva vida a los pueblos caducos y formaban con ellos Estados guerreros para decidir de la suerte de la Baja Italia, de Sicilia, de Inglaterra, de Rusia y hasta de la misma Francia. Los normandos a ningún pueblo se entregaron tan por completo como a aquella población mezcla de romanos y germanos que habitaba en el territorio del Sena central: con rapidez extraordinaria convirtiéronse en verdaderos franceses, siendo ellos los primeros que formaron las cualidades del carácter que después distinguieron al pueblo francés, ejerciendo así una influencia decisiva sobre el desenvolvimiento de este pueblo.

Bajo el punto de vista de la organización política, manifestóse también prematuramente un antagonismo entre Alemania y Francia que explica la diferencia de su desarrollo durante la Edad media (1). Mientras en el territorio adjudicado en Verdun a Luis el Germánico las relaciones sociales y económicas y la organización política que en ellas descansaba continuaron siendo esencialmente germanas, en las comarcas occidentales, es decir, en el núcleo de lo que después fue Francia, menguó en gran manera la antigua base del organismo político y social germánico, es decir, la libertad del pueblo, con lo cual le fue fácil al régimen feudal conseguir una rápida y completa victoria y amoldar a sus principios la organización del Estado y de la sociedad. Esto trajo consigo inmediatamente la debilitación de la monarquía, pues con la libertad del plebeyo desapareció el fundamento de la organización militar: las mesnadas quedaron disueltas y el rey tuvo que acudir a sus vasallos para atender a las necesidades de la guerra. La monarquía carolingia de la Franconia occidental perdió, pues, toda su importancia y su influencia, mientras que la monarquía alemana del siglo x, todavía encerrada dentro de ciertos límites, continuó llevando el sello político de la unidad, que mantuvo el lazo de cohesión entre las tribus alemanas, a pesar de su independencia, y de su representación reconocida en el exterior para todo aquello que tenía relación con los intereses comunes. El fraccionamiento revistió en la Franconia occidental tales proporciones, que el Estado amenazaba dividirse en una multitud de otros Estados independientes apenas unidos por una débil federación. Bajo este concepto, encontrábase peor la Francia del siglo x que la Alemania de fines del siglo XIII. La monarquía se veía impotente enfrente de las casi independientes partes del reino, y aun cuando los que estaban al frente de éstas eran vasallos del rey, esta dependencia, durante los primeros Capetos, fue una mera fórmula, pues la autoridad del monarca no pasaba de los territorios que, como conde de Francia, le pertenecían y además había muchos de sus vasallos que disponían de más vastos territorios y de más recursos y que, a lo sumo, concedían al rey cierta preeminencia honorífica.

Y sin embargo, Francia, en estas circunstancias, que aproximadamente corresponden a las que señalan la terminación del desenvolvimiento de Alemania durante la Edad media, supo hallar el camino para llegar a la unión de las distintas partes del territorio nacional. Debióse esto al aumento gradual de la autoridad de la monarquía, en un principio tan

(1) Véase Warnkönig: *Historia política y jurídica francesa*, tomo primero, pág. 176.

insignificante, aumento de autoridad por cuyo medio fué conquistando una influencia decisiva en todas las partes del reino. Los franceses daban al homenaje que los magnates solían prestar al rey como soberano una significación ideal que acabó por prestar al monarca una importancia política. Cierta que los primeros Capetos se encontraron sin fuerza material frente de los condes y de los duques; mas á pesar

de esto, no solo se conservó la costumbre del homenaje sino que á consecuencia de la unción y coronación del rey por la Iglesia, presentábase el monarca rodeado de un nimbo que le aseguraba el goce de algunos privilegios y distinciones. Como ungido del Señor, estaba también por encima de aquellos mismos magnates cuyo poder y cuyos bienes eran superiores á los suyos, y se esforzaba por ratificar en todo tiem-



Ventanal de la catedral de Chartres.—Siglo XIII.

Representa á un obispo en el acto de entregar una bandera á un caballero que ostenta el distintivo de cruzado

po, militar y políticamente, esta relación de superioridad. Esto alzaba una barrera moral, digna de tenerse en cuenta, ante los esfuerzos de independencia de los magnates: el respeto refrenaba, en cierto modo, las pasiones políticas, pues el que desenvainaba la espada contra el rey, atentaba por este simple hecho contra la Iglesia y atraía sobre sí el castigo del cielo, además de que toda rebelión contra el monarca llevaba consigo la relevación del juramento de fidelidad de los vasallos hácia su señor. De esta suerte, la monarquía francesa, á pesar de su impotencia política, conservó cierta

autoridad moral que daba alguna consistencia, en el terreno de las leyes morales, al relajado lazo del feudalismo. En el rey honraban todos al protector y guardador supremo de la fidelidad feudal: atentar á él era poner en duda el principio en que descansaba el órden moral, político y social de Francia. En su consecuencia, el rey era el presidente nato del supremo tribunal feudal, ante el cual debían resolverse en definitiva cuantas contiendas de derecho feudal se suscitaban.

Desde esta posición, que les daba una autoridad mas bien ideal y moral que real y política, supieron los Capetos poco

á poco irse conquistando verdaderos derechos de soberanía. En oposición á lo que aconteció en Alemania, cuya monarquía acabó por ser electiva, Francia llegó casi insensiblemente á la monarquía hereditaria, forma de gobierno que fracasó en Alemania por la resistencia de los príncipes del imperio coligados con la Iglesia, siendo esto causa de graves complicaciones interiores. En Francia esta evolución decisiva para la consolidación nacional realizóse por procedimientos sumamente pacíficos, de suerte que al cabo de algunas generaciones la monarquía hereditaria fué un hecho consumado y sin oposición alguna reconocido. Hasta el siglo XIII fué costumbre constante en la dinastía de los Capetos que el rey asegurara la sucesión á su primogénito nombrándole colega en el trono y haciéndole como tal ungir y coronar. Con este sistema, el antiguo derecho electoral de los magnates fué perdiendo insensiblemente su eficacia, quedando solo de él una débil reminiscencia en el homenaje con el cual reconocían al sucesor que había de ser coronado rey. De esta suerte, conquistó Francia pronto y sin esfuerzo lo que por desgracia suya faltó siempre á Alemania, es decir, una política dinástica madurada en la escuela de una larga experiencia y cuyo vigor creciera ó disminuyera según las circunstancias, política que, arraigándose en los intereses comunes á la dinastía y á la nación, atendiera igualmente á unos y á otros, viniendo á ser de esta suerte en definitiva una política nacional.

Este feliz desenvolvimiento de la Francia no constituye un mérito especial que deba ser atribuido á personas aisladas, por lo menos á los primeros Capetos, sino que mas que á los reyes debióse á las circunstancias generales. Pero de todas maneras, ha de convenirse en que los Capetos supieron aprovecharse con tanta mesura y prudencia como habilidad y energía del favor de las circunstancias. Entre los primeros reyes de esta dinastía no hubo uno solo que, por sus cualidades ó por sus victorias, pudiera despertar un gran interés ó contribuyera de un modo decisivo para el porvenir á la formación de su pueblo ó de su Estado. En este concepto, contrasta también notablemente la historia francesa con la alemana, en la cual encontramos entre los sajones, salios y Staufen un buen número de caracteres eminentes y enérgicamente trazados, que marcaron con su influencia un período histórico de gran importancia para Alemania. En Francia, por el contrario, el pueblo, que disfrutaba prematuramente de los beneficios de la unidad, fué el que mantuvo firme á la dinastía (que con el carácter de hereditario dado tempranamente al trono era su verdadero representante) á pesar de las faltas y yerros de algunos de sus individuos y solo por la fuerza del desenvolvimiento natural, dentro de la senda trazada, obligándola á seguir en ella casi inconscientemente. No sucedió lo propio en Alemania, donde el desenvolvimiento se realizó á saltos bajo la influencia de grandes caracteres dominantes que se esforzaban por refrenar las aficiones separatistas de las tribus alemanas y por unir á éstas bajo una monarquía hereditaria mas dinástica que nacional. Mientras en Alemania los esfuerzos de los reyes se encontraban con la mas enérgica resistencia de parte de las tribus, en Francia la unidad del pueblo tempranamente conseguida ayudaba poderosamente á la monarquía, que se iba robusteciendo. De suerte que, cuando posteriormente los magnates franceses quisieron oponerse á ella, faltóles el poderoso apoyo que á los duques alemanes ofrecía la organización de las tribus, por lo cual en estas luchas solo se trataba de rivalidades entre personas ó entre familias pero no de uno de aquellos antagonismos que ponen en movimiento á las masas y pueden desatar las pasiones contra la monarquía.

Francia se vió, además, libre de otro antagonismo que fué funesto para el desenvolvimiento de Alemania: en efecto,

nunca en Francia tuvo la Iglesia el poder ni ejerció en los asuntos políticos la influencia que constantemente tenía y ejercía en el imperio alemán. Aunque fueran muchos los bienes que adquirió y grande la suma de las inmunidades que en tiempo de los carolingios conquistó, la Iglesia, con todas sus riquezas y prestaciones, estuvo respecto de la monarquía y del Estado en una relación de dependencia que apenas accidentalmente había sido reconocida en Alemania. Los obispados franceses no extendieron, por regla general, su inmunidad mas allá de los territorios que les habían sido destinados y solo por vía de excepción reunían el poder condal, al cual iba unida la condición de príncipes terrenales que distinguía á los obispos alemanes y que era la causa de las mas graves luchas entre la Iglesia y el Estado. De esta clase de prelados solo había en Francia, además del arzobispado de Reims, los obispados de Laon, Langres, Beauvais, Noyon y Chalons. En su consecuencia, el rey, cuando los obispados radicaban en uno de sus territorios reales, ó el señor feudal, cuando formaban parte de alguna comarca de éste, ejercían decisiva influencia en la provisión de las vacantes y disponían en alto grado de sus recursos económicos y militares. Por eso Francia solo en pequeña parte sufrió las tempestades que produjo la lucha de las Investiduras, pues Gregorio VII y sus sucesores, que necesitaban á los reyes de Francia, no solo no hicieron tentativa alguna cerca de ellos para llevar á rigurosa práctica los principios de la curia romana, sino que les concedieron ciertos derechos que ellos mismos, al tratarse de Alemania, calificaban de incompatibles con el honor y la dignidad de la Iglesia. De aquí que en Francia existiera una costumbre intermedia que se ajustaba á la esencia de las pretensiones de las dos partes: cuando vacaba una sede episcopal, dábase de ello cuenta al rey y se le pedía permiso para proceder á nueva elección. El electo, después de haber recibido la consagración, presentábase personalmente en la corte para recibir del monarca, después de prestarle el debido homenaje, las temporalidades. Lo propio se hacía en la provisión de los obispados provinciales, con la sola diferencia de que en ésta el señor feudal era quien ocupaba el lugar que en la otra correspondía al rey. Así, las relaciones entre el obispo y el Estado eran en Francia muy distintas que en Alemania. En las grandes crisis que la historia alemana presenta, — las luchas de Oton I, la revolución en tiempo de Enrique IV, la guerra de sucesión entre Felipe y Oton IV, y el levantamiento contra los Staufen, — una gran parte del episcopado alemán había figurado por regla general entre los enemigos de la monarquía, y se había unido á Roma para robustecer su situación temporal; en cambio, en Francia la Iglesia, en virtud de su modo de ser de dependencia, tenía sus intereses íntimamente ligados con los de la monarquía y era un poderoso apoyo de ésta y por tanto del Estado nacional.

El clero francés hizo mucho para enriquecer y consolidar la vida propiamente eclesiástica, y su estímulo influyó repetidas veces en el mayor desenvolvimiento del espíritu religioso. Para convencernos de ello, basta recordar á los cluniacenses y la reforma de la bastardada Iglesia que llevaron á cabo. Igual importancia tuvieron después los premostratenses y los cistercienses. A los sacerdotes franceses y á los catedráticos de la Universidad de París, que estaba reconocida en el siglo XII como centro y muy pronto lo estuvo como autoridad suprema reguladora de todo el impulso científico en Occidente, se debe la escolástica que quiso conciliar á la Iglesia ortodoxa con la razón y se propuso dar al dogma como base la necesidad científica. También se les debió aquella tendencia mas liberal que opuso al mandato eclesiástico de la fe el derecho del raciocinio, comenzando